

**SONIA ALDA MEJÍAS. LA PARTICIPACIÓN  
INDÍGENA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA  
REPÚBLICA DE GUATEMALA, S. XIX  
(EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE MADRID, 2000, 285 PGS.)**

*Lowell Gudmundson\**

Este es un volumen que tanto el especialista como el principiante con inquietudes sobre la historia política y social decimonónica de Centroamérica, en general, y Guatemala, en particular, leerá con gusto a la vez que provecho. Presenta una muy clara y bien documentada visión sobre el tema del indígena (más bien de las comunidades indígenas en lugar de los individuos) y como este fue abordado y discutido por líderes políticos e intelectuales desde la Independencia hasta fines del siglo XIX. Entre las muchas fuentes consideradas y analizadas en detalle, sobresalen las discusiones políticas contenidas en los periódicos de la época, así como los debates parlamentarios sobre diversos proyectos de ley y conflictos agrarios por resolver.

El análisis que ofrece Alda Mejías de las actitudes de liberales y conservadores sobre la cuestión del estatus de las comunidades indígenas es bastante profundo y esclarece como pocos otros la común reacción de ambos, que oscilaba entre perplejidad y terror frente a los argumentos gemelos inseparables: ¿qué hacer con ellos y sus comunidades dentro de una República supuestamente supra-étnica? Y ¿qué hacer frente a las temidas rebeliones siempre vislumbrándose, al menos en el horizonte de los políticos capitalinos? También afirma con bastante certeza la idea que las mismas comunidades intentaron defender un estatus particular que muchos políticos deseaban hacer desaparecer y muy pocos lograron entender a pesar de su proximidad física, cuando no necesariamente cultural.

Como todo libro bueno, sugerente y ambicioso, sus aportes inevitablemente invitan a una reflexión crítica. Pese al título y los propósitos declarados de la obra, esta es más bien un análisis del *tema* o la *cuestión indígena* y no de la participación indígena, pecado, si de eso se tratara, compartido por cierto con todas las generaciones analítico-académicas, y no superado aquí por titularse de otra manera. Sería injusto exigirle a la autora que ofreciera documentación que bien puede ser que no exista, pero a diferencia del libro de Grandin para principios del siglo XX en Quetzaltenango, por ejemplo, los indígenas y sus líderes comunales rara vez aparece actuando o declarando en esta narrativa. Siguiendo la tesis de Grandin, cuando la autora presenta la lucha indígena comunal como algo que siempre buscaba un localismo o autonomía activa (pg. 82), uno se pregunta por las posibilidades de un proto-nacionalismo tipo quetzalteco, en nada visible aquí, aunque tampoco muy notorio en Quetzaltenango hasta fin de siglo.

Entre los aportes más sustanciales de esta obra se destaca el material sobre las elecciones y la participación sorprendentemente amplia de muchas poblaciones indígenas y sus líderes desde fecha temprana. Otro aporte es hacernos ver que las reformas en cuanto a la

participación electoral, de 1851 (alfabetización como requisito) y 1871 (propietaria o censataria) más bien estrecharon seriamente el círculo de actores, contrariamente al discurso auto-elogiador liberal tan dominante y a la vez malentendido en Centroamérica. Todo esto lo logra mientras coloca sus resultados firmemente dentro de los parámetros de la investigación de la llamada “nueva historia política” francesa y española, sobre todo referente a México y Argentina en el siglo XIX.

Pero aquí también surge otro problema, en parte bibliográfico y en parte basado en una marcada renuencia a interpelar (en forma polémica o no) a autores “centroamericanistas” sobre estos temas. Por ejemplo, básicamente suscribe la tesis de McCreery (pgs. 89-90) sobre la lógica de reclutamiento laboral de los indígenas “protegidos/tolerados” en sus comunidades, después de haber rechazado la idea (atacada también por McCreery, aunque no queda claro aquí) de una rápida proletarización o pérdida de tierras por parte de ellos. Se citan las obras de paso, pero una discusión de las implicaciones de estos nuevos aportes para facilitar replanteamientos teóricos de los ya conocido brilla por su ausencia en el texto subsiguiente.

Quizás el ejemplo más problemático de esta tendencia de dialogar con una literatura teórica y empírica, pero no tanto con otra, es la ausencia de cualquier discusión del trabajo pionero de Taracena sobre el caso de Los Altos. Cuando la autora enfatiza en su propio trabajo sobre el fracaso de las municipalidades “mixtas” (una indígena, otra ladina en un mismo pueblo) bajo los liberales, cualquier lector esperaría una discusión comparativa más explícita de lo que esto, aunada al trabajo de Taracena, nos permitiría suponer sobre esa difícil y oscura transición al liberalismo. Si algún día esperamos asignar cuotas de responsabilidad por el surgimiento del Estado Liberal Dictatorial, entre la generación de 1871 y las mucho más militarizadas que le siguieron hasta 1930 o más, tal proceso pasará necesariamente por la discusión, comparación y confrontación de datos realmente llamativos,

precisamente lo que nos ofrece Alda Mejías en su fascinante estudio. Mas, con afirmar una resolución de interrogantes comunes mientras que implícitamente convierte al distanciamiento inevitable de nuestros a veces esporádicos esfuerzos en la discutible virtud de novedad teórico-bibliográfica, superando mediante el silencio lo ya hecho y dicho historiográficamente más cerca al sitio de los hechos, desaprovechamos algunas de las más intrigantes posibilidades abiertas por esta muy sólida y bienvenida contribución.

